

JUL 20 1975

DIDRAMA

eduardo st. parra:

para entender a argentina

argentina en el contexto latinoamericano

Por EDUARDO ST. PARRA

PARA vastos sectores del pensamiento revolucionario latinoamericano, el nacionalismo de los movimientos obreros equivale a la desobediencia de aquella joven pareja que cortó el árbol del paraíso nacido de la mano de Dios.

Se trata de un disloque polémico que en un país como Argentina alcanza su punto neurálgico entre los marxistas internacionalistas, por un lado, y quienes proponen el socialismo nacional por el otro.

El bloque informativo que simultáneamente propega los utílicos temores de grupos de poder que asisten a una derrota de insospechables proyecciones para los vencedores, ha divulgado también noticias semiterroríficas que hacen a la vida de la disidencia política argentina.

La complejidad del cuadro de situación no impide su disección: persistentemente, los internacionalistas argentinos aluden al "bonapartismo" del general Perón durante sus gobiernos; con claridad, advierten que sin partido, la energía de masas se evapora. A un argumento irrefutable, los nacionalistas responden con aquella frase de Trotski recogida por Peter Weiss: "Sin embargo, el movimiento es engendrado por el vapor". Que es un modo de decir también que toda cosa agradable y embutida en calzas simétricas encontrará un comprador.

El viejo hereje de la viveza criolla argentina, Arturo Jauretche, maestro de generaciones, solía decir: "la revolución no devora a sus hijos sino a sus padres".

El peronismo es un movimiento político cuya metamorfosis actual se orienta hacia formas orgánicas muy difíciles de precisar. Es que la política es la menos exacta de las ciencias. Por ello, la universalidad de sus conceptos varían de acuerdo a las diferentes épocas históricas. Lo mismo ocurre en terrenos de la economía política: contrariamente a las de la ciencia natural, sus leyes operan durante un tiempo histórico definido no son permanentes.

En América Latina padecemos, entre otras muchas lacras, esa tendencia que como lastre de la conquista española nos dejó semi paralizados del cerebro durante muchísimos años: somos un continente de doctores, de

licenciados, de académicos, de leguleyos y de cafeteros.

La escuela intelectualista del lenguaje, cuyo máximo corifeo fue Bergson, acordó quién sabe en qué momento, entrelazar sus hipótesis europeístas con sus opuestos: los idealistas de Vico, Croce y Vossler. De tan curiosa incubación, nacieron las funciones categorizadoras de la sociología latinoamericana o bien, a fin de no generalizar injustamente, de algunos de sus representantes más significativos.

El entuerto teórico tuvo necesariamente que provocar serias disociaciones en el riguroso vocabulario que una vanguardia autodenominada revolucionaria debe emplear en su política de masas. Porque cuando irrumpió en los esquemas sociológicos la insurgencia de los movimientos nacionalistas de los años 30's y 40's, aquella vanguardia le dio las espaldas.

Al rebelarse pues la teoría contra la praxis, la sociología contra la política, los izquierdistas latinoamericanos ingresaron al reino de la utopía.

La política argentina que caracterizó a la década 1945-1955, no fue la mera política a secas, sino su imagen exaltada, esencializada, descubridora, que vivió en acto trascendental. Al negarse la sociología de las izquierdas a depender de esa realidad, ella misma se constituyó en realidad. Del materialismo dialéctico e histórico sólo quedaron la historia y la dialéctica.

Los trabajadores argentinos que siguieron a Perón, quien los representaba según el índice concreto de su desarrollo de conciencia de clase, en su ideología real, levantaron el ceño al advertir que en tanto ellos trabajaban con materiales valederos de por sí, quienes enarbolaban la "ideología del proletariado" trabajaban con simbología que sí podían valer... pero en la medida que los representasen. Precisamente, porque aquel logaritmo ideológico no los representó nunca, los trabajadores argentinos apoyaron la consigna: "O libros o alpargatas".

En la Argentina de hoy, muchos sociólogos han optado por despojarse de sus miasmas colonialistas para fundirse con la política. Inmediatamente entonces, aluden a referencias de la realidad y las masas son las destinatarias de esas afirmaciones o alu-



siones. El mecanismo no es complejo: se trata de discutir y criticar en el seno de las masas, dentro de ellas y hacia ellas, sin renunciar a la propia identidad. Nada es así, químicamente puro. ¿Qué podría ser de otro modo?

El sociólogo, el politólogo, el intérprete que renuncia a la política pintada en abstracto (que sólo puede llevar al cuadro en blanco) puede a partir de aquel momento equivocarse o acertar; él ha puesto el acento sobre los materiales con que el político, el revolucionario trabaja. Esos materiales valen de por sí.

Los otros sin embargo, persisten en utilizar los signos de valores, convenciéndose a sí mismos que se trata de valores. ¿Qué valor sustancial puede tener una sociología que parte del significado de las palabras? Sub-

rayando la matriz que motivó estas notas: ¿qué se quiere decir con simulacros sociológicos que aluden a las "idées napoleónicas" de Perón? En otras palabras: ¿fue Perón bonapartista? A veces uno tiene la sensación de que a falta de cola para mordérsela, el hombre opta por estudiarse el ombligo.

EL "BONAPARTISMO" DE PERON

Descontando que la sociología es uno de sus principales ingredientes, la política continúa siendo el lenguaje de lo concreto.

Cuando Perón asumió el poder, no existían las condiciones para una lucha directa y declarada contra los grupos dominantes. Sencillamente (!), una circunstancia excepcional generada por los años de posguerra había posibilitado una experiencia que hoy está agotada: el Capitalismo de Estado.